

La Novela Semanal



~ ~ Un Viaje
en el Metro ~ ~

por Joaquín Belda

Precio 25 ets. Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

FG-2627

LA NOVELA SEMANAL

AÑO I 8 DE AGOSTO DE 1921 NÚM. 7

Un viaje en el "Metro"

Novela de Joaquín Belda

ILUSTRACIONES DE "SIRIO"

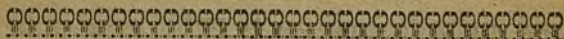


PRENSA GRÁFICA
HERMOSILLA, 57 - MADRID

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid 21123.778



UN VIAJE EN EL "METRO"



pulso, sin prisas, bañándose en la dulce serenidad del que acaba de encontrar un refugio en noche de tormenta, Olegario Pedreña bajaba los ochenta escalos-

nes de la estación de la Puerta del Sol.

Acababan de dar las tres en el reloj de Gobernación, y, libre ya de las aglomeraciones de las horas del mediodía, el descenso no ofrecía ese aspecto de embarque de ganado vacuno que presenta de doce á dos y de ocho á diez.

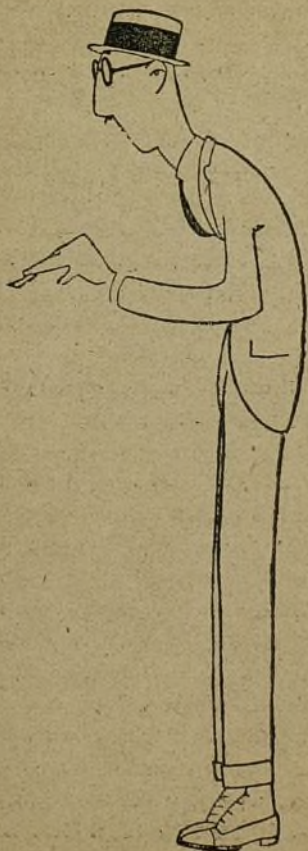
Olegario hacía su cuenta mentalmente: de allí á nueve minutos estaría en los Cuatro Caminos, y no había que olvidar que de los Cuatro Caminos salía un tranvía para el pueblo de Fuenca-

rral, pudiendo prolongar la huída hasta el de Colmenar Viejo, si así le apetecía... Después de Colmenar, Segovia, Europa, el mundo. ¿Por qué no?

Sí; porque se trataba de una huída, de una fuga vergonzosa. Olegario no tenía por qué ocultárselo ni poner motes á su decisión. ¡Huía! Y su huída no se diferenciaba de la famosa huída á Egipto más que en el medio de locomoción.

Al llegar á la mitad de la escalera oía ya el fugitivo el ruido de los trenes que allá abajo llegaban y partían casi sin interrupción, como condenados á movimiento continuo. El brillo y los colorines extraordinarios de los anuncios, formados de azulejos en los muros, le servían como de alivio en su luminosidad discreta, al abandonar el otro brillo cegador y violento de la luz diurna allá arriba, sobre la gran plaza, en la tarde de Mayo.

Siempre le había gustado á él la instalación del «Metro», con aquellas estaciones de paredes y techumbres bruñidas y como charoladas, y aquella curva elegante de la bóveda que borraba toda sensación de esquina ó de ángulo, siempre agresiva. A él, el *tubo* madrileño le habría parecido perfecto si la Dirección del personal hubiera cuidado un poco más de la belleza de sus empleadas:



б

Ayuntamiento de Madrid

entre las taquilleras, bibliotecarias y picadoras —¿podremos llamar así á las encargadas de picar los billetes desde sus garitas, á la entrada de las estaciones?—había algunas—¡pocas!—guapas; otras—¡¡poquísimas!!—guapísimas, y otras —¡¡¡muchísimas!!!—de un feo tan hiriente, que sólo en un paraje subterráneo se concebía que pudieran vivir. Al salir á flor de tierra, terminado el servicio, aquellas chicas, seguramente, se tapaban la cara.

Olegario llegaba á la estación: en la taquilla de la derecha entregó el billete para que se lo picaran, y, con cierto desdén, fijóse en la joven picadora. Era una morenucha no del todo fea y que, además del largo blusón de tela clara y del aparatito perforador, tenía eso que se llama *án-gel*. El joven Pedreña iba á decirle algo, pero en el momento en que en sus labios iba á brotar una flor, vió á dos pasos, frente á él, á un formidable guardia de Seguridad que, clavando en los suyos dos ojazos de tigre, parecía decirle:

—Si le dices algo á la chica, te denuncio.

Por aquellos días habíase fijado en todas las esquinas de la Corte un bando contra el piropo callejero; Olegario no lo había leído, porque era hombre de buen gusto que cuidaba mucho sus lecturas: él, fuera de los clásicos, no leía más que

la revista *Ultra*; pero conocía el contenido de la nueva disposición, y hubo de comprimir sus ímpetus floreales.

Penetró en el andén en el momento en que un tren, procedente de la vecina estación de la «Gran Vía», desembocaba del túnel. Era el suyo; el convoy, refrenando de sopetón la marcha, en el andén contrario, vació en un minuto escaso su cargamento humano y fué á cambiar de vía al otro extremo de la gran bóveda.

Olegario, perito ya en esto, tomó posiciones: él sabía que el primer coche venía á parar, milímetro más, milímetro menos, frente al quiosco de venta de libros; instalóse en sus proximidades, puso sus pies en escuadra, como si estuviera sobre la cubierta de un buque, y aguardó.

Por la escalera por donde él, segundos antes, había bajado, vió descender algo terrible, espantoso, alucinante: Pedreña sufrió un golpetazo en todo su ser, en el psíquico y en el material; sintió que los ojos se le salían de las órbitas; que el cabello se le erizaba despidiendo hacia el techo el sombrero de paja que había estrenado el día anterior, y que las piernas se negaban á sostenerle con el vigor con que hasta entonces lo habían hecho.

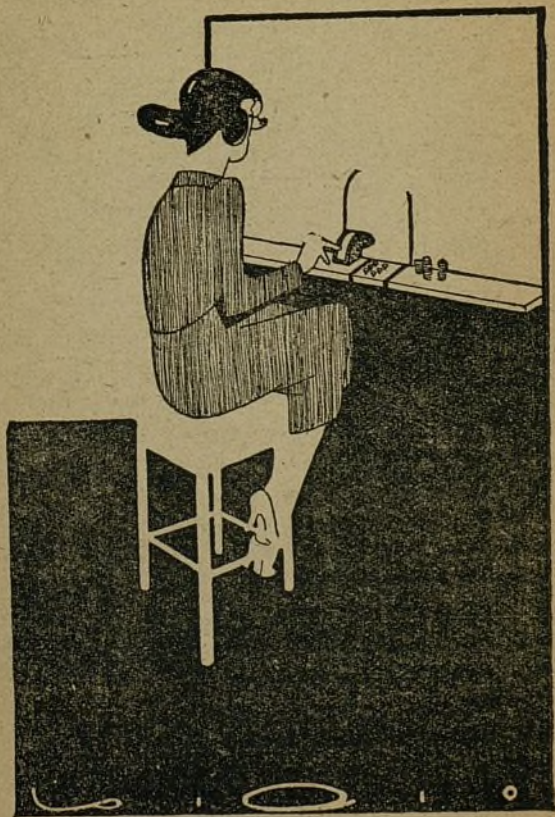
Lo que bajaba por la escalera no era un mons-

truo apocalíptico, ni siquiera un camión sin frenos. Era simplemente un matrimonio.

No es fácil que el lector se percate del fundamento de aquellos terrores de Olegario Pedreña, si antes no le enteramos con relativa minuciosidad de lo que aquella pareja que descendía por las escaleras del «Metro» significaba en su vida.

Hemos dicho antes que el joven venía huyendo; su penetración en el subterráneo de la Puerta del Sol no obedecía al frívolo motivo de darse un paseo, ni tampoco al más serio de llegar hasta los Cuatro Caminos y allí, en la misma glorieta, tomarse un vermú con anchoas en el bar «Chumbica». No. Pedreña se había refugiado en el «Metro» como otros se refugian en Argelia ó en países donde no haya extradición. Se trataba de salvar algo más que la vida y mucho más que la honra.

Olegario, como todo mortal que viva en Madrid, tenía unos parientes en provincias: ésta es una ley fatal, como la de la muerte, y de ella nadie escapa. Los parientes de Olegario no eran así cualquier cosa: él, primo hermano de su padre, era hombre acaudalado, figura principal en un pueblo de la provincia de Albacete, de donde



había sido alcalde, y ella, casada con él, era, por tanto, tía de Olegario en virtud de esa cosa tan graciosa que hay en el código Civil y que se llama parentesco de afinidad.

El sobrino apenas conocía á los tíos más que para servirles; pero cuatro años antes se le había ocurrido al opulento matrimonio hacer un viajecito á Madrid, ciudad que ella no conocía y á la que él, desde sus tiempos de estudiante, no había vuelto más que para ver de arreglar cierto asuntillo de fabricación de moneda falsa, en el que, no sabía cómo, había aparecido complicado.

Cuando en los preparativos de aquel viaje la mujer decía al marido que fuera pensando en qué hotel habían de hospedarse en la Corte, el esposo, casi ofendido, replicaba:

—¿Qué es eso de hotel? Tenemos la casa de mi sobrino Olegario. ¡Pues bueno se pondría él si viera que nos íbamos á vivir á otra parte!

Y así fué. Durante veintidós mortales días, el sobrino tuvo que soportar en su pisito de soltero de la calle de Columela la invasión y ocupación consiguiente del matrimonio provinciano: instalados para dormir en su propia alcoba, ella, una tía gorda y cursi, al ver el cuarto de baño de la casa, hubo de preguntar á su sobrino si había tenido el tifus, pues la buena doña Tomasa—que

así se llamaba—aseguraba no haberse bañado en toda su vida más que una vez que, siendo soltera, padeció aquella enfermedad. Luego, al ver aquel encanto de aguas corrientes, y con el fin de aprovechar aquel inmenso tiesto de porcelana que era la pila, propuso á su pariente rellenar todo aquello de tierra estercolada y sembrar allí unas albahacas y unos pensamientos.

Olegario Pedreña recordó todo aquello, y también recordó el suplicio interminable de aquellos paseos acompañando al estúpido matrimonio por todo Madrid, exhibiéndolos por cafés y teatros, lugares todos en los cuales las corbatas arco iris del tío y los sombreros de exposición agrícola de la tía provocaban invariablemente un motín. Recordó la cazurrería vanidosa tan común á los provincianos, que les lleva á fingir que no se asombran de nada de lo que en Madrid ven, como si viniesen de Londres ó de Chicago en lugar de venir casi siempre de un poblacho destartalado en el que todo el lujo queda reducido á los chaquets con fuelle del médico titular, y todos los refinamientos de la vida culminan en el juego del dominó... ¡Ah, las provincias!...

Decíamos que Olegario recordó todo esto, con la viveza mnemotécnica con que se recuerdan las operaciones quirúrgicas sin cloroformo, cuando

pocos días antes recibió una carta en la que sus queridos parientes le anunciaban un próximo viaje á Madrid.

¡Ah, no! ¡La segunda vez, no! Nunca segundas partes fueron buenas, y mucho menos cuando las primeras han sido detestables.

Antes que pasar otra vez por aquella tortura, Olegario estaba decidido á todo, hasta al sacrificio de la propia vida. Pero acaso no hiciera falta tanto. Pensó primero en abandonar Madrid: un viajecito á Barcelona es siempre oportuno para todo hombre amigo de divertirse; escribiría á sus tíos una carta llena de falsa compunción en la que les haría ver la absoluta necesidad en que estaba de emprender la marcha por aquellos días, y...

Pero le indignó la idea. ¿Por qué había de marcharse? ¿Por qué aquella gentuza egoísta había de venir á perturbar su vida?... Y en la necesidad de librarse de aquella pejiuguera, se le ocurrió un medio que lo conciliaba todo: se marcharía sin marcharse; es decir, fingiría ante sus tíos el viaje, y se quedaría bonitamente en Madrid.

Todo se reducía á tomar para unos días una habitación en cualquier hotel, y hacer luego una vida especial; felizmente, Madrid era ya lo bastante grande para ser posibles estos trapicheos

dentro de su perímetro. Se dedicaría á frecuentar los teatros de barrio, donde se ven á veces mujeres de una belleza popular que tumba; comería en los cafés de Lavapiés, de la Glorieta de Bilbao, de Pardiñas; unos paseos por la Ciudad Lineal ó por Chamartín tampoco serían una insensatez; y cuando el cuerpo le pidiera bulla, un ratito de vida intensa y quintaesenciada, allí estaban los dos Carabancheles y Leganés, donde se hace una vida de sociedad que recuerda algo las reuniones de la Montespán.

Escribió la carta, y como respuesta recibió otra en la que su tío, con cierto aire de reproche, le hacía ver su sentimiento ante la ausencia del sobrino, precisamente por aquellos días. Entre las protestas de cariño y las alusiones á lo frágil y deleznable de los lazos familiares, se veía muy clara la queja del bolsillo, que podía resumirse en la siguiente frase:

—Por tu culpa nos vamos á gastar un capital en pagar la fonda.

Olegario, la mañana del día en que sus tíos llegaban á la Corte, se levantó con el sol, y después de dar instrucciones enérgicas y concretas al criado y á la portera—para todo el mundo, él,

aquellos días, estaba en Barcelona, sobre todo para sus tíos y para el que viniera á cobrar algún recibo—, marchó á tomar posesión de la habitación que ya tenía apalabrada en un hotel de la Gran Vía.

En ella pasó toda la mañana, y á la hora del almuerzo bajó al comedor, inspeccionando bien todos los rincones desde la puerta y antes de penetrar en él, por si acaso á sus queridos tíos les había dado la funesta idea de elegir aquel mismo hospedaje. Pero no: la suerte empezaba á favorecerle y pudo almorzar con toda tranquilidad.

Mientras comía iba pensando en qué pasaría la tarde. Ideó primero meterse en un *cine*, pero desechó pronto la idea, ya que para él el *cine* tenía un tremendo inconveniente: el de no poder entregarse á la lectura de los periódicos cuando el espectáculo le aburría, como hacía en el teatro cuando la obra era de esas que llaman de ideas. Y después de vacilar entre irse á la sesión del Senado ó marcharse á inspeccionar las obras del nuevo Matadero, dióse un golpe en la frente con el cuchillo del pescado y exclamó casi en voz alta:

—¡Qué estúpido! ¡Cómo no se me había ocurrido antes?

¡El «Metro»! Es lo más indicado. Para un hom-

bre que va huyendo de encuentros importunos, nada más práctico que meterse bajo tierra, ocultarse unos cuantos metros debajo del suelo de la ciudad, como dicen que vivían los enanos de la leyenda, indudables precursores de los empleados de Otamendi. En cuanto al temor de que á sus tíos se les ocurriera bajar hasta allá, rechazólo por absurdo: en el primer día de estancia en Madrid, cansados del ajetreo del viaje, seguramente á los paletos no se les ocurriría intentar la aventura—para ellos indudablemente lo era—de iniciar ún descenso á los dominios de Plutón. Sobre que, indudablemente, toda aquella jornada su tía Tomasa estaría muy atareada en formar en línea de combate, sobre los muebles de la habitación del hotel, su *stock* de sombreros de estirpe cereal, con los que en días sucesivos había de amotinar al público de teatros y calles madrileños.

Quedaba el peligro del encuentro fortuito en las calles, al entrar ó salir del hotel, á la vuelta de una esquina, cuando menos lo esperase; para ese caso, Olegario, después de encomendarse á la Divina Providencia, tenía pensado lo que había de hacer: fingiría haber perdido el tren, ó haber regresado ya de Barcelona, viéndose precisado á salir de nuevo aquella misma noche para...

las Islas Canarias, donde tenía que asistir á la boda de un amigo.

Un poco burda era la cosa, pero no había por qué pararse en burderías.

.....
¿Comprendes ahora, simpático lector, el temor que se apoderó ¡del bueno de Olegario Pedreña al ver bajar por la escalera del «Metro» al odiado matrimonio? ¡Vaya si lo comprendes! Y si, por tu mal, te has encontrado alguna vez en situación parecida, no sólo lo comprendes, sino que lo compartes.

Olegario pensó lo primero de todo en huir: fué algo instintivo, casi físico. Pero ¿cómo y adónde? Felizmente, si él había divisado á sus parientes, sus parientes aún no le habían visto á él; embobados ante la novedad del paraje, á pesar del aire de indiferencia que adoptaban desde que descendían del tren en la estación de Atocha, no habían tenido tiempo para fijarse en el público que aguardaba en la estación.

Olegario, por encima de todo, sintió atraídas sus miradas hacia algo maravilloso, mitad *corbeille* y mitad turbante, que la buena de doña Tomasa se había puesto en la *cabezota*: era una miniatura de vegetación tropical, que, con los vaivenes de su dueña al andar, balanceaba su ra-



maje, como los árboles centenarios de la selva sagrada de Sindrah al ser agitados por el viento del Sur.

Peró no había que perderse en arrobos: el momento era de decisiones rápidas. Afrontar el encuentro y largar la excusa premeditada era cosa que le repugnaba; optó por esconderse entre la gente, colocándose detrás de un sacerdote muy buen mozo que en un rincón del andén había. Allí, por lo menos momentáneamente, estaba seguro de no ser descubierto; dejaría llegar el tren, aguardaría á que el público fuera colocándose en los coches, y él, deslizándose junto al muro, ganaría otra vez la escalera para volver á la Puerta del Sol, ó esperaría al tren siguiente, yendo en él no más que hasta «Gran Vía»...

Ahora ya de lo que se trataba era de huir del «Metro» cuanto antes. Pasado el susto del primer momento, casi se alegraba del encuentro; por lo menos, gracias á él sabía dónde se encontraban sus tíos, y no había más que buscar en el plano de Madrid los antípodas é instalarse en ellos á pasar la tarde.

El tren llegó: abrieron los empleados las puertas de los coches, y la gente precipitóse en ellos. Olegario, siempre acogido á la sombra de la Iglesia, vió por encima de los hombros del cura cómo

su tío penetraba en el segundo de los vehículos, siguiéndole la esposa pegada á su espalda. Pero ambos, faltos de práctica y de la agilidad necesaria, caminaban muy despacio, con cierta solemnidad: él, como si fuera presidiendo la procesión del Corpus allá en su pueblo en sus tiempos de alcalde, y ella como si estuviera ensayando unos pasos de minué. Y aquello allí no podía ser; el público que tras ellos aún quedaba por subir á los coches, viendo que se acababa el tiempo de parada del convoy, dió un empujón vigoroso, y el matrimonio se halló dentro del carruaje mucho antes de lo que calculaba. Con el vaivén, los cocoteros y las palmeras del sombrero de doña Tomasa aumentaron su oscilación.

Olegario se veía ya en salvo. Sin detenerse del todo un momento, y procurando ganar terreno entre la gente, había ido acercándose al final del convoy; el peligro había pasado, porque sus tíos, colocados más adelante, no podían ya verle. Sólo esperaba á que el tren marchase para respirar del todo á sus anchas.

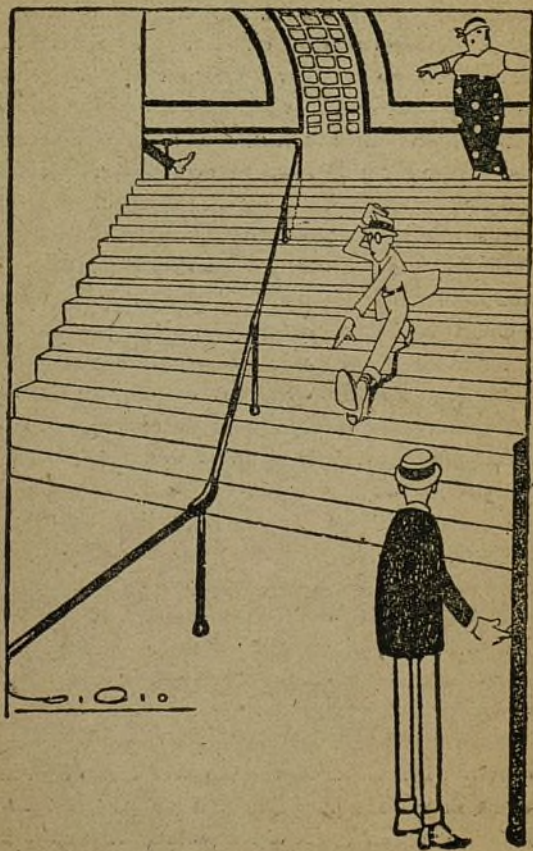
De pronto Pedreña vióse envuelto en un torbellino, cogido en algo así como el centro de un modesto ciclón; las puertas de los coches, cerradas muy deprisa por un empleado, daban con su ruido la señal de partir: sólo una de ellas que-

daba aún abierta, la última del último coche: aquella precisamente ante la que se encontraba el fugitivo. En el andén quedaba aún un grupo de unos quince viajeros pugnando por subir, y, coincidiendo con el sonido del silbato, que anunciaba la marcha, el grupo, empujado, como amasado y hecho una pieza de hormigón por dos empleados, penetró en el coche cuando ya el tren andaba, como penetra la paja en un saco de ídem, merced á los puños del pajero, cuando parece que no cabía ya más.

En el centro del bloque iba Olegario Pedreña: había querido desasirse, protestar, pero no había podido; la cosa fué tan rápida, tan imprevista, que no dió tiempo para nada. Sintióse estrujado, alzado en vilo, conducido como una masa inerte, y sólo recobró una relativa libertad de movimientos al verse empaquetado dentro del coche con los demás viajeros.

El tren, conduciendo en su seno á los tíos y al sobrino, salió para «Gran Vía» como un cohete que se dispara.

El primer impulso de Olegario fué chillar, quejarse violentamente ante uno de los empleados que, embarcado también, había caído casi á su



lado. ¿Qué atropello era aquel? ¿Por que se le había obligado á subir en el tren contra su voluntad?... Pero su cólera no llegó á estallar: pensó de pronto que su queja provocaría un escándalo, una disputa por lo menos, y que al ruido de ella sus tíos no tardarían en volver la cabeza y reconocerle.

No. Era mejor callar. Después de todo, hasta ahora la cosa no iba mal y no había surgido el conflicto.

Olegario buscó ávidamente el penacho del sombrero de su tía, y le vió allá, al fondo, en la parte delantera del coche, avisándole como una señal que indicase un peligro de muerte del que había que librarse. Al que no veía era al tío, pero no andaría muy lejos.

No era fácil que le vieran hasta llegar á la próxima estación. Porque Pedreña había decidido ya lo que tenía que hacer: apenas el tren se hubiera detenido en el andén de «Gran Vía», saltaría él á tierra, tomaría el ascensor y en la red de San Luis podría, ¡por fin!, entonar el cántico de su liberación.

¿Cuándo llegarían? El minuto escaso que el convoy tardaba de una estación á otra parecía ahora al viajero un siglo interminable; á través de los ventanales del coche veía huir las luceci-

tas de que estaba poblada toda la galería y que á él ahora, en su ansia fugitiva, se le antojaban los fuegos fatuos de un cementerio en el abismo.

Nunca un viaje tan corto había parecido tan largo; juraría él que otras veces aquello duraba menos, y hasta le parecía que, sólo con el propósito de molestarle, habían aumentado hoy el número de luces en el túnel, iluminándolo como para una verbena.

¡Por fin! La claridad difusa de la galería se intensificó, el espacio se abrió en la amplitud de unos andenes y aparecieron los brillos y los colores simpáticos de los azulejos de la bóveda. Era la estación de la «Gran Vía», la más profunda del «Metro», con sus ciento doce escalones, profunda como una gigantesca torre invertida. ¡La frase ésta sí que es profunda!

Olegario abrió las dos hojas de la puerta como quien desgarró el sobre de una carta urgente en la que nos envían dinero; arrojóse al andén y...

Pero siempre, en el punto culminante de sus impulsos, tenía ese instinto inhibitorio que era el que le salvaba. ¿Qué iba á hacer, desdichado? Si se apresuraba á ganar la salida, tendría que pasar por el andén á todo lo largo del coche de donde acababa de apearse, y podría ocurrir muy

bien—¡era seguro!—que sus tíos le viesen desde el interior.

No; era mejor esperar que el tren se marchase, y entonces, sin prisa, con toda calma, se marcharía él también. Así lo hizo: tuvo que esperar poco; pero, para mayor seguridad, volvióse de espaldas al convoy y empezó á andar muy despacio en sentido contrario á la salida.

Cerráronse las puertas, sonó el silbato de nuevo y el «Metro» tornó á perderse en el túnel como una corredera perseguida. Olegario volvióse entonces hacia él y, de pie en el centro del andén, miróle alejarse con esa mirada mezcla de terror y de alegría con que vemos alejarse las pesadillas.

Una frase se escapó de sus labios, casi en alta voz:

—¡Anda con Dios! ¡Si no pararas hasta que yo no dijera!...

Ya no se veían ni las luces del tren. Olegario, muy lentamente, enderezó sus pasos á la escalera de salida.

Aunque ya no tenía prisa, no era cosa de subirse á pulso los ciento doce peldaños: eso se hace para ver Sevilla desde lo alto de la Giralda ó para visitar la campana gorda de Toledo. Felizmente allí, apenas pasados los primeros tra-

mos, estaba el ascensor para el público: una caja enorme en la que muy bien hubiera podido entrar una carreta con un par de bueyes, sobrando sitio para un piano de cola.

El armatoste había hecho ya dos viajes á la calle desde la llegada del último tren, y un grupo de viajeros esperaba para el tercero. Olegario dió su perra chica en la taquilla y unióse al grupo. Una dama entrada en años, pero de belleza de puesta de sol en Atenas, esperaba también á su lado: Pedreña miraba y admiraba con ese interés que inspiran siempre las antigüedades, aunque sepamos que son falsificadas. ¿Quién sería? No la había visto en el tren, ni tampoco en el andén de la estación; sería cosa de iniciar una persecución al llegar á la calle.

Bajó el ascensor y la gente fué penetrando en él; Olegario, que iba de los últimos, procuró colocarse lo más cerca posible de la dama crepuscular, sin que le guiase ninguna mala intención. Lleno ya, arrancó el artefacto hacia arriba, y llevaría recorrida la cuarta parte de su camino, cuando Olegario Pedreña abrió la vista y pudo ver allí, á dos pasos, casi acariciándole las narices con el ramaje de su fronda tropical, el sombrero de su tía Tomasa. El matrimonio había hecho idéntico viaje que él, y, subidos al «Metros

sólo por curiosidad, habíanse apeado en la primera estación.

Dentro del ascensor estaban casi de espaldas al sobrino, pero tan cerca, que con sólo volverse un poco cualquiera de ellos se habría dado con Olegario de manos á boca.

¡Era estúpido! Pedreña, buscando un remedio que evitase la catástrofe, inclinóse al suelo como si se le hubiera caído algo y tratase de recogerlo: así se empequeñecía, se borraba su figura en medio de aquel pequeño mar de cabezas.

Y cuando el ascensor se detuvo al nivel de la Red de San Luis, el joven dejó que el matrimonio provinciano subiera delante, y al ver que avanzaban indecisos hacia la calle de la Montera, pasó rozando sus espaldas muy deprisa, dió la vuelta como loco á la baranda, y sumergiósese de nuevo en la escalera que bajaba á la estación.

Sentía una necesidad loca de esconderse, de sepultarse muchos metros bajo tierra..., ahora que sabía que los otros quedaban arriba.

—Caballero... ¿El billete?...

—¡Ay, es verdad! ¡El billete!

—¿No le lleva?

—No, hija de mi alma, no le llevo.

Olegario, como embobado, no se movía del pie de la escalera, detenido ante la taquilla de la empleada; y como otros viajeros bajaban tras él y estaba estorbando el paso, tuvieron que llamarle la atención para que se quitase de en medio.

En el aturdimiento de su fuga se le había olvidado tomar el billete arriba, y ahora le aterraba la perspectiva de volver á subir para proveerse de él. Retiróse del paso de la gente y quedó en un rincón de la escalera pensando en lo que le acababa de ocurrir.

Como no las había padecido nunca, Olegario Pedreña no creía en las alucinaciones; no podía, por tanto, admitir que la presencia de sus tíos en el ascensor fuese un engaño de sus ojos. Eran ellos con toda la realidad de sus cuerpos vivientes, y, como no podía dudarlos, se acogió á la explicación más racional: sus tíos habían hecho exactamente lo mismo que él, en lo cual, después de todo, no había nada de maravilloso: subidos al «Metro» en la Puerta del Sol, habían dado por terminado el viaje al llegar á la primera estación, y subiendo la escalera antes que Olegario—á lo cual éste había dado tiempo con su espera allá abajo—, habían montado en el ascensor.

Nada había que oponer á esta explicación: pero á pesar de ella, y con ese fondo de inquietud que dejan siempre en nuestro inconsciente los sucesos inesperados, Olegario temblaba por su porvenir, esperando encontrarse siempre ante el fatídico matrimonio, á la vuelta de cada esquina, al abrir una puerta.

Oía pasos del público que continuamente bajaba por la escalera hacia la estación, y siempre el corazón sobresaltado le gritaba lo mismo:

—¡Cielos! ¡Ellos son!

Y miraba con ojos aterrados á los que pasaban junto á él, como temiendo que, de pronto, sus rostros se transformasen en los de sus parientes.

En un momento de relativa quietud, Olegario oyó unos pasos breves, seguros, como de persona que sabe andar, pero que, al hacerlo, cuida mucho de no dar un traspies. Indudablemente eran pasos de mujer, y bajaba sola. ¡No había, pues, nada que temer!

Pedreña, sin embargo, no quitaba ojo del recodo de la escalera donde muy pronto había de aparecer la que descendía: sus pasos seguían acercándose.

El joven quedóse un poco sorprendido, pero ahora agradablemente, al ver que la que llegaba

era la dama entrada en años que había sido su compañera de ascensor, que él se había propuesto seguir por la calle, y de la que había tenido que separarse de un modo tan violento.

La señora, que, vista aquí, en la tenue claridad subterránea, parecía más bella, al verle hizo un gesto de complacencia, y dibujando una sonrisa, dirigióse á él:

—¡Ah! Lo que yo me figuraba. Su aspecto no me ha engañado: veo que, en efecto, es usted un caballero.

—Señora...

—No tiene que decirme nada: ya sé que se trata de una broma.

—¿Cómo?

—O tal vez de un pretexto. Eso, usted lo ha de decir...

Tenía una voz dulce y recia á un tiempo, como el taconeo de sus pasos. Con el aire cansado del rostro, que al hablar aumentaba sus arrugas hasta convertirse en un puro encaje, se veía ese saber acumulado de la persona que ha pasado por todo y á la cual, por lo tanto, no pueden inquietarle las consecuencias de nada.

Lo malo era que Olegario no la entendía. ¿De qué le hablaba? ¿A qué broma se refería? ¿No habría en todo ello una confusión?... O acaso se

tratase de una loca. ¡Andaban tantas sueltas por las calles!...

—Señora, ¿á qué se refiere usted? Porque yo, así de pronto, no caigo...

—¡Vamos! Pero, ¿de veras cree que no me he dado cuenta?

—¿De qué?

—Usted subía detrás de mí las escaleras, procuró colocarse junto á mí en lo que esperábamos el ascensor, y, aprovechando las apreturas, una vez dentro, se inclinó todo lo que pudo hacia el suelo...

—Sí, pero era que...

—... Yo entonces sentí un tirón extraño; nada sospe hé, sin embargo; pero al verle salir tan de prisa del ascensor, le seguí con la vista y le vi meterse otra vez aquí. Entonces me di cuenta: mi bolso de mano, que llevaba colgado al brazo, había desaparecido.

—¡¡Señora!!!

—No, ya veo que no: si fuera usted un ladrón se habría apresurado á tomar el primer tren. Su estancia en la escalera demuestra que me estaba usted esperando y que lo del bolso no ha sido más que una señal. No es la primera vez que me ocurre.

—¡Caray, pues á mí sí!

—Ya ve que me he enterado y... aquí estoy.

Olegario no sabía qué decir. La cosa no era fácil, porque como lo que aquella mujer le estaba contando sonaba para él á cuento fantástico, no era nada sencillo darle la réplica.

—¡Señora!... ¡Yo le juro que no sé nada de ese bolso de que me habla! Debe tratarse de una confusión.

—Ahora yo no le entiendo á usted. Hasta este momento su conducta me parecía lógica y hasta delicada: apelar á la estratagema de quedarse con una de mis prendas para indicarme así que quería hablar conmigo, pero no delante de tanta gente, es un rasgo caballeresco; pero negar ahora que ya ha conseguido su objeto de que yo le siga, repito que no lo entiendo.

—Señora, el que no entiende una palabra de todo esto soy yo.

—Bueno, bueno; mi delicadeza me veda insistir. Se conoce que á esta luz no soy para usted tan apetitosa como á la de la calle. Devuélvame mi bolso, y me haré cuenta de que no ha pasado nada.

—¿Que yo le devuelva...?

Olegario, en un momento, se planteó todas las hipótesis imaginables: ó aquella mujer era, en efecto, una loca, como él había sospechado,

ó estaba equivocada, ó era una tia fresca que por medio de un escándalo, quería hacerle víctima de un *chantage*. En cualquiera de los casos, el conflicto era de órdago.

—Señora, le aseguro muy seriamente que yo no he cogido su bolso.

El rostro de ella se transformó en el de una pantera á la que pisasen un callo. A gritos, como poniendo al mundo entero por testigo de su indignación, empezó á decir:

—¡Ah! ¿Lo niega usted? Entonces no es usted un caballero... ¿No le da vergüenza abusar así de una señora sola? ¡Infame! ¡A ver, guardias! Este hombre me ha robado...

—¡Señora, por Dios! ¡Por su madre de usted, caso de que le viva..., que no es fácil!...

—No sé cómo se atreve á negar. Si es usted inocente, ¿quiere decirme por qué salió corriendo del ascensor como un loco, como huyendo de alguien!

A Pedreña la pregunta le anonadó; era el eterno caso de las apariencias condenando á un inocente.

—Señora, la cosa es tan difícil de explicar, que...

—... Que tendría usted que inventarla. ¡Ya lo veo!

Cada vez chillaba más. Olegario vió un grupo de gente que poco á poco se había ido formando alrededor de los dos en el rellano de la escalera; vió ojos de mujer que le miraban con amenaza, y bocas de hombre que se abrían para increparle; vió—esto con los ojos de la imaginación— el despacho de una Comisaría, luego el del juez de guardia, más tarde una celda del Majestic-Moncloa; vió el escándalo, su nombre en los periódicos, y á sus tños leyendo esos periódicos y enterándose de que el sinvergüenza de su sobrino no se había movido de Madrid, entregado al deporte de robar bolsillos; vió una pareja de guardias de Seguridad que bajaba la escalera y al oír el tumulto había acelerado el paso..., y vió también, ¡esto por encima de todo!, un tren parado en la estación y que, lleno ya de viajeros, se disponía á reanudar su marcha hacia los Cuatro Caminos.

De un salto bajó los escalones que le separaban del andén, y al pasar frente á la garita de la empleada, echóse manos al bolsillo, y sacando una peseta, se la entregó á la chica diciéndole:

—Tome: no llevo billete, pero cúbrese de ahí y quédese con la vuelta. Y si no, en vez de picar el billete, pique la moneda.

Volvió á salir disparado hacia el tren y subió

en uno de los coches cuando el empleado cerraba ya la puerta. La cosa fué tan rápida, que los del andén no lo notaron ni la empleada de la entrada á la estación tuvo tiempo de advertir que detuvieran á aquel caballero.

Y el tren, como la hoja de un florete que penetrase en el vientre de un señor muy gordo, penetró en el túnel en dirección á «Tribunal».

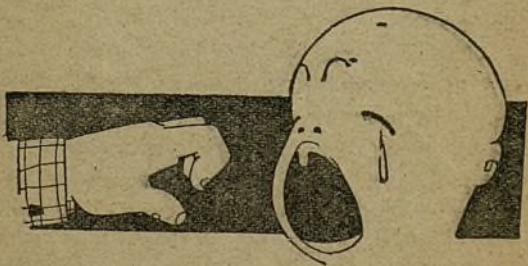
¡«Tribunal»! ¡También era mala pata! Olegario, acusado, aunque sin razón, de robo, y huyendo de la acusación y de tenérselas que haber con la Justicia, refugiábase en el «Metro», y la primera estación á que le llevaba se llamaba «Tribunal».

¡La vida tiene cada sarcasmo!...

Por la superstición que el nombre le inspiraba, y también por parecerle que aquel Tribunal estaba demasiado cerca del lugar del suceso, el fugitivo no quiso bajar allí. Seguiría hasta la próxima estación; una mujer del pueblo, con un niño casi recién nacido en los brazos, le fué sirviendo de distracción, y por ende de alivio de sus malos pensamientos, durante el corto viaje.

El tren, como casi siempre, iba lleno, y la ma-

dre, con el hijo acurrucado sobre el hombro como un perrito friolero, ocupaba junto á Olegario un sitio en el espacio libre de asientos. La criatura, gordita como un ternero, y con un ricitito de ébano cayéndole bajo el encaje del gorrito, estaba en ese estado intermedio entre el sueño y la vigilia que parece el estado de espíritu normal en estos nenes de pocos meses y en la mayoría de los senadores.



Como si llevase el compás del vaivén del coche con los ojos, los iba abriendo y cerrando periódicamente: al cerrarlos apretaba los párpados con fuerza, como si no pensara abrirlos más, convencido de que lo poco que había visto en este mundo no valía la pena de volver á ser contemplado; y al abrirlos fijábalos con fijeza en el rostro de Olegario Pedreña, del que sólo le separa-

ban unos cuatro centímetros; mejor dicho, en una parte concreta y determinada de su rostro, que venía á ser el extremo sur de su nariz.

Los ojillos del infante eran como dos aceitunas negras y menudas, y á Olegario, al clavársele en el extremo de la nariz, le hacían el efecto de dos alfileres de los grandes que le cosquilleasen la epidermis... Otras veces la mirada del chico era como el ojo acusador de una conciencia inminente que inspeccionaba el ojo del fugitivo, como diciéndole:

—Tú vas aquí tan tranquilo, creyendo que nadie te ve y que todos ignoran dónde te escondes; pero te estoy viendo yo, que, por haberla usado menos, tengo la mirada más clara.

Aquel pituso tenía cara de bueno: un rostro calmo y bonachón de uno de esos niños que no lloran nunca, ni aun cuando tienen hambre, y á los que las madres tienen que adivinarles los apetitos y las exigencias fisiológicas para evitar que todo, hasta las ilusiones, se las hagan encima. Pedreña estaba agradecido al pequeño, que con la dulce beatitud de su faz, había llevado el reposo á su conciencia atormentada; para confirmarle su irradiación de tranquilidad, el bebé inició una mueca con la boca, que podía ser un anteproyecto de sonrisa. ¡Acaso era aquella la pri-

mica sonrisa del ser humano, el primer signo que le distanciaria de la bestia y de ciertos sociólogos de mucho prestigio!

Olegario estaba orgulloso de haber sido el primero que hiciera reir á un semejante. Porque, indudablemente, la criatura se había reído de él; para agradecerle de algún modo aquel cúmulo de sensaciones inefables de que iba poblando su espíritu, alzó su mano derecha, dobló los dedos y, abriendo un espacio entre índice y medio, fué á coger con ellos así doblados la naricilla del infante. No fué cosa fácil, porque el apéndice nasal del rorro era no más que un diminuto piñón muy blando todavía, que se escapaba de la presión de la tenaza; pero cuando logró apalancar en él con los dedos, dió Pedreña un tironcito cariñoso, zarandeando á derecha é izquierda.

Un ruido de catarata, de torrente que se desborda, llenó de espanto el ánimo de los viajeros. ¿Qué ocurría? ¡Acaso un hundimiento en el túnel!... No debía ser esto, porque el tren seguía andando con idéntica velocidad. Pasada la confusión del primer momento, todo se puso en claro: era que el chico, á quien Olegario acariciara de modo tan persuasivo, había roto á llorar, ¡también por primera vez en su vida!, y, por lo visto, como si quisiera desquitarse del tiempo perdido.

Más que llanto era un atroz berrido de bestia á la que desgarrasen las entrañas, un solo de clarinete en tono alto, que nadie sabía dónde podría llegar. Los viajeros todos se volvían á mirar y admirar aquello; un hombre muy serio, que ocupaba uno de los asientos próximos, y que llevaba veintidós años empleado en la Inclusa, aseguró que jamás había oído á un niño llorar de aquella manera.

Olegario estaba aterrado; su situación era la misma de un individuo que, habiendo oprimido por curiosidad el botón de un timbre misterioso, hubiese provocado la inundación de una estancia llena de gente. Porque aquel llanto parecía también inundar todo el coche: sobresaliendo con mucho por encima del ruido del tren, daba una sensación de dolor infinito, de angustia irremediable. Una de las señoras, que iba entre los viajeros, empezó también á gritar:

—¡Ay, por Dios! ¿Qué le pasa á ese niño?

Los más próximos se acercaron solícitos.

—¿Se ha dado algún golpe?

—¿Es que está malo?

—¿No querrá... alimentarse?—planteó un cabo de Ingenieros, con gran espíritu práctico.

Las invocaciones á Herodes empezaron á es-



89

Ayuntamiento de Madrid

tallar, mientras, gaería alante, todos miraban el faltaba mucho para la próxima estación.

Y la madre de la criatura, satisfecha y risueña en el centro de aquella tempestad, miraba á todos con júbilo, sin intentar hacer nada por calmar el llanto de aquel pedazo de su alma. Los que estaban á su lado la oían únicamente decir de cuando en cuando y como hablando sola:

—¡Gracias á Dios!... Tenía razón D. Casimiro... ¡Qué alegría va á tener su padre cuando se enterel!

«Bilbao». El tren acababa de llegar á la estación de los bulevares.

Fué un respiro para todos, y especialmente para Olegario Pedreña, que no podía con su angustia. ¡Bilbao!

—¡Si me lo hicieran bueno!—pensó— ¡Si fuera verdad que estuviera yo ahora en la patria de Indalecio Prieto! ¡Menudo salto iba á dar hasta Neguri!

El niño seguía llorando, pero ya con cierto freno, como cae la lluvia cuando se corren á un lado las nubes al final de una tormenta. La madre bajó del tren y Olegario la siguió, con ánimo de adelantarla en el andén y salir á la calle mucho antes que ella.

En el momento en que, sorteando los grupos, pasaba junto al pituso y la autora de sus días, oyó que una voz infantil decía, con toda ingenuidad, desprovista de malicia:

—¡Si ha sido ese caballero que va ahí, que le ha dado un tironcito de las narices...! ¡Anda, que sí me lo hace á mí, hay títeres!...

—¿Quién? ¿Este señor?—dijo la madre—
¡Ay, si mi alma lo sabe!

Olegario se estremeció todo él al oír la acusación; instintivamente se volvió un poco sin dejar de andar hacia la salida, y vió que el que la había formulado era un chico de unos diez años, metido en una blusa muy larga, al que recordaba vagamente haber visto en el tren.

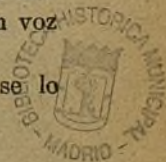
En el momento en que se volvía, la madre del pequeño le llamó:

—¡Caballero! ¡Caballero! Haga usted el favor...

Olegario, dispuesto á todo, se paró en seco; ya estaba cansado de huir; afrontaría todo lo que fuera preciso.

Pero, con gran asombro, vió que aquella mujer se dirigía risueña hacia él, y le decía en voz alta, de manera que todos la oyeran:

—¿Ha sido usted, verdad? ¡Ay, Dios se lo pague!...



¡Vaya! Por lo visto era de las guasonas. La bronca iba á ser formidable. Pero, ¿quién le mandaba á él tirarle de las narices á nadie?

El tren habíase marchado ya; el niño había dejado de berrear. Y la buena mujer, rodeada de un grupo de gente intrigada por el episodio, empezó á explicar la película á Olegario Pedreña:

—Mire usted: este chico nació hace seis meses y, hasta la presente, nadie le había oído llorar. Al principio la cosa nos gustó: un chico que no llora, ¡qué bien! Nada de malas noches, ni de alborotos en los teatros... Se le podía llevar á todas partes, ¿verdad?

—Salvo el olfato, sí, señora.

—Pero luego su padre empezó á alarmarse. «Este chico parece tonto—me dijo un día—; ni siente ni padece. Oye, ¿será que es mudo?» Yo también me asusté. Conque fué y llamemos al médico: D. Casimiro, ¿no le conoce usted?

—No conozco más Casimiro que Ortas.

—Pues es muy bueno: es el médico de los presamistas; es muy nombrao.

—Sí será, pero yo...

—Bueno; pues D. Casimiro nos dijo que no nos asustáramos; que lo del chico no era ná. Que cuando menos lo esperásemos rompería á llorar como un chivo...

—Los chivos no lloran, señora.

—Pues eso dijo él; pero que, sin embargo, para ayudar á la naturaleza, convenia que, de cuando en cuando, le hiciéramos algo para ver si se le saltaban las lágrimas. Su padre, que es así muy brusco, empezó á darle al chico unas palizas que lo breaba, y el chico, cada vez que su padre le atizaba, se le quedaba mirando muy fijo y en seguida se quedaba dormidito. Otras veces, el angelito, pues, se conoce que con la emoción de la paliza se le movía el cuerpo y se hacía lo natural en los pañales. Eso le pasaba con mucha frecuencia.

—Muy sensato. Además, confundía á su padre con un purgante.

—Sí, pero á mí me daba mucha pena; y además, como no se conseguía nada, logré que mi marido abandonase lo de los palos. Entonces yo, por mi cuenta, empecé una serie de pruebas; lo tenía sin alimentar todo el tiempo que podía; me ponía á pelar cebollas ante su misma cara, y un día, aburrída ya, le enseñé, poniéndosela delante de los ojos durante mucho tiempo, una fotografía que apareció en los periódicos ilustrados en la que venía el Sr. Allendesalazar con una levita mucho más larga que el gabán y saliéndole por debajo de éste... Se conoce que es una moda nueva.

—En Guernica, sí... ¿Y no lloró?

—¡Ca! Se me quedó dormidito también.

—Es un sabio este chico.

—Con que ya lo dejamos... Así que figúrese usted ahora mi alegría al oírlo llorar. ¡Cómo me iba yo á figurar que tan sólo con tirarle de las narices iba á romper como ha roto!

—¡Pues mire usted, y yo...!

—¡Dios se lo pague á usted! ¡Anda, que su padre, cuando se entere, se va á poner poco contento!... Le estamos esperando: debe pasar en uno de los primeros trenes que vaya para los Cuatro Caminos. Está empleado aquí, en el «Metro», ¿sabe usted?

—¡Ah!

—Sí. Es conductor.

—Por muchos años.

—Puede que venga con este primer tren... Así que yo le voy á pedir á usted un favor.

—Si está en mi mano...

—Pues que si no tiene usted mucha prisa, se espere aquí, porque quiero que mi marido le conozca.

—Bueno; pero, ¿cómo va á ser eso? Porque él tendrá que seguir con el tren y no podrá detenerse.

—¡Ah, claro! Pero, mire usted: nos ponemos

nosotros ahí, en ese sitio, que es donde suele parar el coche motor, y, por señas, le enseño yo el chico, le presento á usted y le digo lo que ha pasado.

—Bueno, bueno...

A Olegario Pedreña no le hacía mucha gracia aquella exhibición de su persona, presentándole como una especie de ogro ó coco que hacía llorar á los niños que no lo habían hecho nunca; pero le conmovió la alegría, la ternura maternal de aquella mujer, y quiso contribuir á ella en lo que pudiese.

El grupo de vagos que había escuchado el relato anterior quiso también presenciar aquella escena de ternura paterna que se preparaba á la llegada del tren, y que ya tenía algún precedente en la Biblia; así fué que, siguiendo á la madre y á Olegario, fué á situarse en el extremo del andén cercano á la boca del túnel donde de ordinario se detenía la cabeza del convoy.

De las entrañas mismas de la tierra empezó á venir ese rumor, sordo al principio, estrepitoso y crepitante después, que anuncia la llegada de los trenes. La gente fué tomando posiciones, y la buena mujer, revelando en su rostro que se le acababa de ocurrir una idea diabólica, dijo á Olegario:

—Oiga usted, he pensao que sería de un gran efecto que al llegar su padre y ver al chico se lo encontrase berreando. Se iba á quedar, ¡¡bueno!! ¿Por qué no le tira usted otro poquito de las narices, á ver si le da resultaó?

—¡Ah! ¡Usted quiere que yo!...

El tren rozaba ya el andén; la mujer, inclinándose afuera todo lo que pudo, se fijó en la garita delantera del coche motor.

—¡Ahí vienel ¡Ahí viene su padre!—gritó llena de júbilo.

Y volviéndose á Olegario, que, en realidad, no sabía qué actitud tomar, le instó con vehemencia:

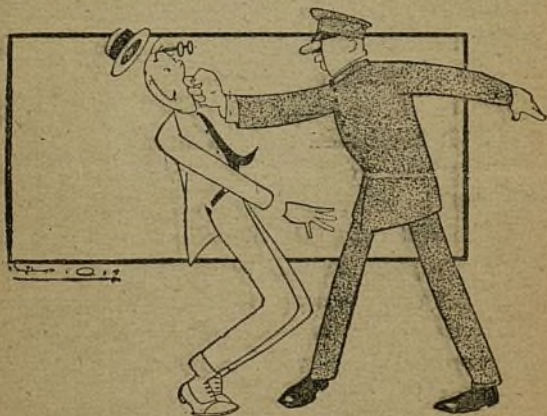
—¡Ande usted, hombre! ¡Que ya está aquí!

Pedreña obedeció. Por lo visto el talón de Aquiles de aquel nene estaba en las narices, porque la cosa produjo el mismo efecto que la vez anterior. El llanto casi se sobreponía al ruido del convoy y al barullo natural de la gente.

Y entonces ocurrió algo tan rápido, tan breve que, por mucha concisión que pongamos en el relato, siempre tardaremos más en la narración de lo que tardó la cosa en desenvolverse.

La buena mujer, llena de alegría, empezó á agitar el brazo que le quedaba libre con ánimo de llamar la atención de su marido, que acababa de parar en seco el tren; no había calculado mal

al situarse, porque, en efecto, el primer coche se detuvo frente al grupo. Salieron algunos viajeros y empezaron á subir los que aguardaban; mientras ello ocurría, el conductor vió á su mujer con el chico en brazos, vió á éste llorando, y vió á un señor desconocido para él dándole á su hijo,



¡al hijo de sus entrañas!, unos pescozones en la cara. Hombre acostumbrado á vivir entre grandes velocidades, discurría también con bastante celeridad; los gestos de su mujer, ambiguos en su exaltación, lo mismo podían ser de júbilo que petición de socorro...

El tren iba á reanudar su marcha y él no po-

día dejar *aquello* así. Como un rayo, salió de la cabina, cruzó una parte del coche, atropellando á los que subían, saltó al andén y ¡zas!!... Un tableteo seco resonó en todo el ámbito de la estación: Olegario Pedreña acababa de recibir en la plenitud de su carrillo derecho la bofetada más... intensa que se ha dado, después de aquella de la infanta Carlota á Calomarde. El conductor, con la mano dolorida, había vuelto á ocupar de un salto su puesto en el tren.

Armóse en el andén un barullo regular. La madre de la criatura chillaba diciendo:

—¡Cipriano, que no es eso! ¡Que te has equivocado! ¡Que este señor es un caballero!

El bebé lloraba más fuerte que nunca, como si el mamporro hubiese repercutido en su epidermis; el público, sorprendido, pero regocijado con la escena, hacía esos comentarios lacónicos que surgen siempre tras una bofetada:

—¡Dios le ayude!

—¡Le ha dao lo suyo!

—¡Caféee!...

El empleado de servicio, como si quisiera adherirse al festejo, hizo sonar el silbato con más fuerza que de ordinario, dando la salida al tren.

¿Y Olegario?... Tampoco ~~p~~usó mucho lo que había de hacer: en el momento de recibir el tor-

tazo vió muy claro—¡aunque un poco tarde!—al que se la daba: le vió volver á subir al coche. Y, con impulso irrefrenable, soltando las narices del infante, se lanzó tras él.

El tren marchaba ya cuando Pedreña pudo asirse á la segunda puerta del primer vagón, en el momento en que un empleado la cerraba desde dentro; faltó muy poco para que quedase aplastado entre las dos hojas; libróse de ello merced á un esfuerzo supremo, pero no pudo evitar que los faldones de su americana, solicitados por el aire, quedasen prisioneros en el cierre hermético de la puerta.

Y el convoy, llevando en su seno aquellos dos hombres que, desde hacía un minuto se odiaban á muerte, se deslizó en el túnel camino de la próxima estación, como... se desliza la masa de los churros de la boca del aparato cuando se la oprime con cierta insistencia desde la espalda.

Al subir al tren, Olegario Pedreña llevaba los ojos inyectados por la ira, las manos crispadas, y uno de los carrillos de la cara de la misma tonalidad purpúrea que un cuarto de kilo de fresa.

Sus intenciones al seguir viaje de aquel modo tan violento, no eran otras que atravesar

el coche, caer sobre el conductor y comerselo vivo, si es que no lo mataba previamente. Ansiando ponerlas en práctica, fué á abrirse paso entre la gente apiñada de pie en aquella parte del coche, y notó que no podía moverse; volvióse y entonces se dió cuenta de que estaba prisionero por el friso de la americana.

Junto á él, muy tranquilo y solemne, como si nada hubiese pasado, iba un empleado. Olegario se dirigió á él con cierta impertinencia:

—Haga el favor de abrir la puerta.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? ¿No ve usted que me ha cogido la chaqueta al cerrar?

—Ya lo he visto; pero nos está terminantemente prohibido abrir las puertas estando el tren en marcha. Si lo hiciera me costaría una multa ó tal vez perder el destino; de modo que ¡usted verá! Pedreña le miraba asombrado.

—Pero... ¿qué está usted diciendo? ¿De modo que me va usted á llevar así hasta la próxima estación?

—¿Qué remedio!... Todavía, si fuera un brazo ó una pierna lo que tuviera usted cogido, mandaría parar el tren; pero, ¡la ropa!... No le pasará nada por aguantar así hasta la primera estación.

—Pero, ¿es que quiere usted quedarse conmigo?

—Hasta la primera estación, sí, señor.

El público empezó á dar la razón al empleado, y Olegario comprendió que no le quedaba más remedio que aguantarse. Aquel aplazamiento de su venganza le serviría para ir haciendo coraje y caer luego con más furia sobre su ofensor. Pero, en su interior, lamentábase de su mala suerte que, cuando no tenía otras chinitas que ponerle en el camino, inventaba aquella prisión grotesca de los faldones de la americana.

—«Chamberí».

En la estación centro del barrio popular y castizo había siempre gran animación á la llegada de los trenes; los chamberileros consideraban al «Metro» como á uno de los orgullos del barrio, algo europeo y vertiginoso que les ponía muy por encima de otros distritos de la Corte con los que mantenía una suave rivalidad.

Al abrirse la puerta y quedar libre Olegario, fué á lanzarse vagón adentro en busca de su odiado abofeteador; pero el flujo de los viajeros que salían hízole imposible la maniobra. Entonces optó por bajar él también, seguir por el andén y tornar á subir al coche por la otra puerta, que caía muy próxima á la cabina donde iba aislado el conductor.

Su plan era sencillo: llegar allí, abrir la porte-

zuela de cristal y aplicar al tío un par de bofetadas en cada lado de la cara, devolviendo así cuatro por una. Pensaba darle tan fuerte, que nada tendría de particular que el hombre cayese con una congestión; entonces él, tranquilamente, abandonaría el tren, saldría de la estación y, por el camino más corto, correría á presentarse al juez de guardia.

Cuando logró subir de nuevo al coche el tren se disponía á reanudar su marcha; en el espacio delantero, libre de asientos, iban, entre otras muchas personas, un cabo de la Guardia civil, un barrendero y un empleado del «Metro». Olegario fué abriéndose paso, llegó junto á la cabina y echó mano á la puerta.

El empleado cayó sobre él:

—¿Qué va usted á hacer?

—Tengo que darle un recado muy urgente al señor—dijo, señalando á través del cristal la figura erguida del motorista que, agarrado á sus aparatos, iba muy serio y muy digno cumpliendo su deber.

En aquel momento acababa de poner en marcha el tren. El empleado de afuera, poniéndose cada vez más serio, dijo á Pedreña:

—¿No sabe usted que está prohibido hablar ni molestar para nada al conductor?

—Lo sé; pero en este caso...

—Ni en este caso ni en ninguno. Y no se ponga usted tonto, porque voy á tener que mandarle detener.

Y para apoyar la prohibición, se instaló ante la puerta de la cabina, después de haber apartado de ella á Olegario con relativa suavidad.

—Es que ese hombre me ha abofeteado delante de gente...

—Ya lo he visto. Pero para arreglar esa cuenta tendrá usted que esperar á que mi compañero termine su servicio. Ahora, no.

Una vez más comprendió Olegario que llevaba las de perder. El guardia civil le miraba con ojos oblicuos, como mandándole callar; el barrendero parecía empuñar una escoba imaginaria; el resto del público no parecía muy propicio á tolerar que por culpa de aquel tío chiflado el tren hubiera de detenerse en medio del túnel...

Había que esperar; pero ahora ya no sabía hasta cuándo. La mano con la que pensaba dar las bofetadas había empezado á agitársele nerviosamente; para emplear de algún modo la energía acumulada en ella, Olegario hubiera abofeteado de buena gana á cualquiera de los presentes.

—¡«Iglesia!»!— gritó el empleado, descendiendo

al andén al detenerse el tren en la nueva estación.

Y Pedreña tuvo una idea genial; como quedándose allí nada iba á conseguir, bajó él á su vez y, antes de que nadie pudiera evitarlo, dió un salto del andén á la vía, cosa rigurosamente prohibida, y encaramándose sobre los topes de la parte delantera del coche, empezó á golpear el cristal que servía de abrigo al conductor.

Quando éste se fijó en él, Olegario le preguntó á grandes voces:

—¿A qué hora rinde usted su servicio?

—¡A las nueve!—le contestó el otro con desprecio.

—¿Dónde?

—En Cuatro Caminos.

—Está bien; á las nueve y tres minutos estará usted muerto.

Y dicho esto fué á bajar de nuevo á la vía.

Pero no tenía tiempo; el silbato de partida había sonado, y los frenos del convoy se soltaban ya. El tren no iba á detenerse ni á retrasar la salida porque á un majadero se le hubiera ocurrido atravesarse en su camino. ¡Y mucho menos conduciéndolo quien lo conducía!

Rápidamente Olegario tuvo que elegir entre los dos términos de un dilema; arrojarse á la vía

y morir destrozado, ó permanecer allí, sobre los topes, hasta la próxima estación. Optó por lo último.

Y el tren, como un buen nadador que se arroja de cabeza al agua, metióse en el túnel en dirección á «Ríos Rosas».

Olegario, agarrado como pudo con pies y manos, fué tragando todo el aire tempestuoso que provocaba la marcha desenfundada.

Y se pasó el trayecto entero estornudando... y sin poderse sonar.

—¡«Ríos Rosas»!

Apenas oyó el apellido del célebre político, el joven tiróse de un salto al suelo y ganó el andén como si lo persiguiera un Miura.

El público que aguardaba en la estación se había dado cuenta, al ver llegar el tren, de la posición... un poco ambigua que ocupaba aquel hombre, sujeto como un mascarón de proa en la parte más avanzada del convoy.

—¡Un suicida! ¡Un suicida!—gritaron muchos.

Y apenas los coches se detuvieron, una avalancha de gente acudió á la cabeza de ellos para ver el raro espectáculo.

Olegario, ya más tranquilo al verse en salvo, quiso tranquilizar á los demás.

—No es nada, señores, no es nada... Me he caído del andén en la otra estación, y me he agarrado donde he podido.

Buscaba la salida, ansioso; y cuando, siempre rodeado por la gente, estaba cerca de la escalera, ocurrió algo insólito, inexplicable al principio.

El día anterior una autoridad madrileña nueva en el cargo, que había resultado, por lo divertido de sus iniciativas, autor cómico formidable, había publicado una serie de disposiciones gracias á las cuales los habitantes de Madrid iban á convertirse en los seres más virtuosos y honestos del planeta; después del bando de los piropos, había venido otro regulando el juego del cané, otro prohibiendo á las mujeres públicas teñirse el pelo y, finalmente, uno más, feliz creación de aquel covachuelista que confundía el bastón de mando con un báculo episcopal, con arreglo al cual en los salones de baile las señoras no podrían bailar más que con sus parientes en primer grado, y los caballeros lo harían solos, por mór de la decencia de las costumbres.

En todo Madrid el bando había sido el verdadero éxito de risa de la temporada; pero especial-

mente en Cuatro Caminos y Amanié, donde la gente es más bulliciosa, la nueva disposición moralizadora había hecho más gracia que una becerrada nocturna. Y el barrio entero se dispuso á *cumplir* á su manera la sainetesca orden.

Desde las primeras horas de la tarde habían empezado los jaleitos, no ya en los bailes, sino en plena calle; parejas de guardias, honrados cumplidores de su deber, merecedores de ser regidos por cabezas menos cursis, empezaron á luchar con las otras parejas, las de los bailarines, en una lucha al principio incruenta.

Como para bailar con una socia había que demostrar que se estaba unido á ella por los lazos del parentesco, á cada schottis los guardias pedían las partidas de bautismo á los danzantes, siendo muy frecuente que, en vez de exhibirlas, contestasen enseñando unas papeletas de empeño, que muchos de ellos era toda la documentación que llevaban encima.

Y como en estas cosas del orden público no hay principios pequeños, bien pronto toda la zona norte de Madrid fué un campo de batalla. Carreras, cargas, silbidos, alguna piedra que otra, sustos y todo el cortejo de las escaramuzas ciudadanas.

A media tarde, un grupo de adoradores de

Terpsícore, al que se habían unido otros revoltosos, desembocó en la calle de Ríos Rosas, procedente de la de Bravo Murillo y en dirección á la de Santa Engracia; como himno de guerra iban cantando el *Juan Manuel*, y su propósito acaso no fuese otro que el de quedarse afónicos antes de la puesta del sol. Mas, por si acaso en sus planes había algo más subversivo, una docena de guardias de á pie y de á caballo se dispuso á esperarlos en el cruce de Santa Engracia, no lejos de la estación del «Metro».

El choque era forzoso y los rebeldes parecían complacerse en ello; cuando la cabeza del grupo llegaba á la esquina de Ríos Rosas, recibieron orden de disolverse, y como fuera desobedecida, los guardias echaron mano á las empuñaduras de los machetes, y tal vez alguno á la culata del revólver.

No hizo falta más: los cantores apagaron su cántico para prorrumpir en otras voces menos armónicas y más dolientes; echaron á correr en todas direcciones, y el grupo más numeroso —unos ochenta—, viendo ante sí el hueco de la escalera del «Metro» como un escotillón providencial, se deslizó por él en forma de tromba.

El vestíbulo alto de la estación, tan severo en su decoración de estilo español, se vió tur-

bado por unos alaridos, por un pataleo de ganado que huye del lobo y que como huye cuesta abajo lo hace más deprisa. Los cuarenta y dos escalones que separaban el andén del nivel de la calle fueron recorridos por los fugitivos en unos cuantos segundos, y fué en el preciso momento en que Olegario Pedreña se disponía á subir por ellos cuando la catarata llegó al plano de la superficie del río, que en este caso era la estación.

El barullo fué de batuda de circo; quedarse allí quietos era exponerse á morir arrollados. Los gritos, las carreras, revistieron un aspecto salvaje, en aquel choque de dos corrientes opuestas formadas por los que bajaban y los viajeros desembarcados del tren, que querían subir. Los empleados, sin saber á punto fijo lo que era aquello, aunque algo habían oído del jaleo en sus viajes anteriores, comprendieron que allí no había más que una solución: la huida.

El tren se marchaba; ya los primeros asaltantes habían entrado en él sin cesar en sus gritos; subían en los coches por instinto, comprendiendo que si permanecían en la estación podrían los guardias bajar hasta allí... Y el convoy echó á andar, huyendo él también de aquella invasión que amenazaba destrozarle, y que ya le había hecho añicos algunos de los cristales.

Iba repleto, con el público amasado y con las puertas á medio cerrar. El lector no necesitará que le digamos que entre la muchedumbre que había subido á él iba Olegario Pedreña, arrastrado, sin proponérselo, sin darse cuenta muy clara de lo que pasaba.

Y el tren hundióse en el túnel como una rata á la que unos chicos traviesos hubiesen atado al extremo del rabo una lata de pimientos.

—¡«Cuatro Caminos»!

Por lo visto estaba de Dios que él hiciese el viaje hasta el fin. Cuando salió á la glorieta, ya más tranquilo, Olegario Pedreña no llevaba más que un solo pensamiento: aquella noche tenía él que matar á un hombre.

Iba como sonámbulo, sin fijarse por dónde caminaba, sin que las sucesivas imágenes que se reflejaban en sus ojos llegasen para nada á su conciencia. Torció á la izquierda, igual que podría haberlo hecho al lado contrario, como empujado por la fatalidad; cruzó Bravo Murillo y, avanzando por la plaza, tropezó con las mesas de un bar colocadas al aire libre; automáticamente sentóse á una de ellas; tenía la garganta seca, el cuerpo tronchado, el cerebro de vacaciones.

—¿Qué va á ser?—le preguntó, amable, un camarero.

Olegario alzó el rostro y, en el velador vecino, vió una cara que le sonreía y unos brazos que se le abrían; y al ver aquello, contestó el joven á la pregunta del camarero:

—¡¡Va á ser el fin del mundo!!

Porque á quien había visto Olegario en la mesa vecina había sido á su tío el de Albacete, el propio, el auténtico; ante él, dando al joven las espaldas anchotas, estaba la tía Tomasa. ¡¡Ahora sí que no había escape!!

Resignado con su suerte, y deseando también acabar de una vez, Olegario fué á la montaña antes de que la montaña viniera á él; y antes también de que le preguntaran, largó la burda explicación: había vuelto precipitadamente de Barcelona aquella misma mañana... Pero no se atrevió á añadir lo del viaje á Canarias.

Lo que deseaba averiguar es por qué maldito azar se encontraban sus tíos muy sentaditos en un bar de los Cuatro Caminos, cuando él los había dejado á primera hora de la tarde en la Red de San Luis, andando muy tranquilos en dirección á la Puerta del Sol.

—Verás: es que ésta quiso que fuéramos á vez la iglesia de la Paloma, y, por no preguntar, he-

mos empezado á dar vueltas y hemos venido á parar aquí.

—¡Atiza!

—Por cierto que, al cruzar una de esas calles anchotas que hay por ahí, hemos visto muchas mujeres y muchos chicos corriendo y dando voces. ¿Qué pasará?

Tía Tomasa intervino:

—Aquí, en esta mesa, estaban antes diciendo unos hombres que es que han cogido á Cortadellas.

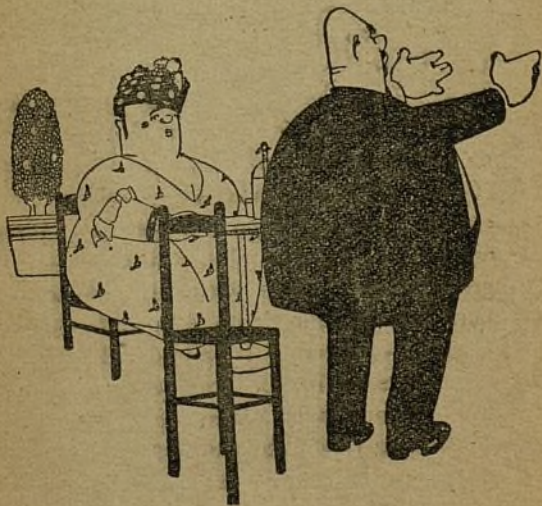
Cortadellas era el presunto asesino de un elevado personaje político que, meses antes, había caído acribillado cobardemente á balazos en las calles de Madrid. Olegario, al oír aquello, frunció el entrecejo de un modo siniestro.

Quedó convenido que al día siguiente los tíos dejarían la «Pensión Cleopatra» de la calle del Carmen y se trasladarían á casa del sobrino. Como la otra vez: ¡todo como la otra vez!

Dos horas más tarde, Olegario se despedía de sus tíos á la puerta del hospedaje; separábase de ellos sólo por un rato, pues ya estaba convenido que aquella noche los llevaría al Reina Victoria á ver *El Príncipe Carnaval*.

Al quedarse solo el joven, se encontró lleno de amargura. Todos sus esfuerzos, todo su plan de

fuga habían resultado inútiles. ¡Otra vez prisionero de sus parientes! ¡Otra vez esclavo de sus caprichos, de sus impertinencias, durante veinte días!



Y del fondo mismo de aquella desolación fué surgiendo patente una decisión brutal; una idea que había brotado en él al oír hablar á su tía en el bar, pero que al principio había rechazado por monstruosa. Se libraría de ellos, aunque fuera á

costa de una infamia, de una canallada; al día siguiente ya no le molestarían.

Aquella misma noche recibióse en la Dirección de Seguridad un anónimo escrito á máquina, que puso en conmoción á la mitad de la Policía madrileña. El escrito decía así:

«Es inútil que busquen ustedes y que remuevan cielo y tierra para dar con el paradero de Ramón Cortadellas, uno de los asesinos del jefe del Gobierno; el que estas líneas escribe no se descubrirá nunca, porque ama mucho la propia tranquilidad, pero cree aliviar su conciencia de un gran peso diciéndoles que el tal Cortadellas se encuentra hospedado desde esta mañana en la «Pensión Cleopatra» de la calle del Carmen, habitación número 18. Le acompaña una mujer muy fea y metida en carnes, que atiende por doña Tomasa; esta última no iba en la motocicleta trágica la noche del suceso, porque no cabía.»



Ayuntamiento de Madrid

EN NUESTRO
PRÓXIMO
NÚMERO
LA HIEL

por

Alberto Insúa

(Ilustraciones
de Bujados)

Ayuntamiento de Madrid